

Plan Diocesano de Pastoral (VIII)

Encuentros...

La persona es un ser para la relación. De ahí nos viene la auténtica felicidad, pero también los problemas de la convivencia. Esa relación abarca al prójimo, pero también incluye a Dios. **Nuestro Dios también es para la relación** entre sí (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y con el ser humano.

Sigo esta línea de los artículos sobre el Plan Diocesano de Pastoral, con el objetivo penúltimo: «**Vivir las celebraciones sacramentales como verdaderos encuentros eclesiales con Cristo.**» Me voy a centrar sobre todo en la idea de los encuentros, dejando a un lado lo de “eclesiales”, que también tiene su importancia.

Facundo Cabral es un cantautor argentino, creyente, con una biografía que merece leerse, nos dice así que **la vida es el arte del encuentro**: «Como los budistas, sé que **la palabra** no es el hecho. Si digo manzana no es la maravilla inenarrable que enamora el verano, si digo árbol apenas me acerco a lo que saben las aves, el caballo siempre fue y será lo que es sin saber que así lo nombro.

Sé que la palabra no es el hecho, pero sí sé que un día mi padre bajó de la montaña y dijo unas palabras al oído de mi madre, y la incendió de tal manera que hasta aquí he llegado yo, continuando el poema, que mi padre comenzó con algunas palabras.

Nacemos para encontrarnos (la vida es el arte del encuentro), encontrarnos para confirmar que la humanidad es una sola familia y que habitamos un país llamado Tierra. Somos hijos del amor, por lo tanto **nacemos para la felicidad** (fuera de la felicidad son todos pretextos), y debemos ser felices también por nuestros hijos, porque no hay nada mejor que recordar padres felices.

Hay tantas cosas para gozar y nuestro paso por la Tierra es tan corto, que sufrir es una pérdida de tiempo. Además, el universo siempre está dispuesto a complacernos, por eso estamos rodeados de buenas noticias. Cada mañana es una buena noticia. Cada niño que nace es una buena noticia, cada cantor es una buena noticia, porque cada cantor es un soldado menos, por eso hay que cuidarse del que no canta, porque algo esconde. Eso lo aprendí de mi madre que fue la primera buena noticia que conocí. Se llamaba Sara y nunca pudo ser inteligente porque cada vez que estaba por aprender algo, llegaba la felicidad y la distraía, nunca usó agenda porque sólo hacía lo que amaba, y eso se lo recordaba el corazón. Se dedicó a vivir y no le quedaba tiempo para hacer otra cosa.

De mi madre también aprendí que **nunca es tarde**, que siempre **se puede empezar de nuevo**, ahora mismo, le puedes decir basta a la mujer (ó al hombre) que ya no amas, al trabajo que odias, a las cosas que te encadenan, a la tarjeta de crédito, a los noticieros que te envenenan desde la mañana, a los que quieren

dirigir tu vida, ahora mismo le puedes decir basta al miedo que heredaste, porque la vida es aquí y ahora mismo [...]

Caminando comprobé que ***nos vamos encontrando con el otro, lenta, misteriosa, sensualmente***, porque lo que teje esta red revolucionaria es la poesía. Ella nos lleva de la mano y debajo de la luna, hasta los últimos rincones del mundo, donde nos espera el compinche (*amigo, compañero...*), uno más, el que continúa la línea que será un círculo que abarcará el planeta. Esta es la revolución fundamental, el revolucionarse constantemente para armonizar con la vida, que es cambio permanente, por eso nos vamos encontrando fatalmente para iluminar cada rincón. Que nada te distraiga de ti mismo, debes estar atento porque todavía no gozaste la más grande alegría ni sufriste el más grande dolor. Vacía la copa cada noche para que Dios te la llene de agua nueva en el nuevo día. Vive de instante en instante porque eso es la vida.

Me costó 57 años llegar hasta aquí, ¿cómo no gozar y respetar este momento? [...]

Como ves **el encuentro personal** no se refiere a coincidir físicamente en un lugar: “Me he encontrado con fulanito”, sino a **tener unas actitudes y disposiciones ente la vida y ente el otro.**



Así lo expresa **Virginia Satir**, una psicoterapeuta familiar: «***Quiero amarte sin ahogarte, / apreciarte sin juzgarte, / acompañarte sin invadirte, / invitarte sin exigirte, / corregirte sin acusarte, / y ayudarte sin insultarte. / Y si puedo conseguir lo mismo de ti, / entonces podremos encontrarnos de verdad / y enriquecernos mutuamente.***» Palabras que merecen releerse despacio, y entenderlas, y... ¡vivirlas!

Para que se de ese encuentro personal entre padre e hijo, marido y mujer, amigos, profesor y alumno, jefe y empleado... **es indispensable que haya una relación que**, aunque mantenga las diferencias en las funciones que cada uno tiene en la vida, **respete al otro profundamente** en una situación de fraternidad.

Desgraciadamente estos encuentros se dan raramente en la vida de las personas, porque desaprovechamos el tiempo en otras cosas que nos reportan infinitamente menos felicidad, porque tenemos posturas de intolerancia e intransigencia ante lo diferente, por nuestros miedos, por las heridas del pasado en las relaciones, por los muros que hemos levantado para defender nuestra fortaleza, por nuestras reservas, por nuestras hipocresías, por nuestro rol en la sociedad... ¡Por tantas cosas! Facundo Cabral dice que tardó 57 años en descubrirlo; a muchos se les pasará la vida sin percibirlo.

Pues bien: **Los sacramentos son encuentros con Cristo.** Igual que el encuentro con una persona; sólo que aquí es un encuentro con el mismo Cristo.

En el artículo referido a los jóvenes de mayo del año pasado, ya cité a **Benedicto XVI** en este sentido y vuelvo a hacerlo ahora:

Así nos decía en *Deus caritas est*: «**Hemos creído en el amor de Dios**: así puede expresar el cristiano **la opción fundamental de su vida**. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el **encuentro con un acontecimiento, con una Persona**, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello, una orientación decisiva. » (DCE, 1b)

Si supiésemos expresar cómo en nuestra relación con los demás y nuestra relación con Dios, quizá nos percataríamos de las grandes carencias que tenemos en este ámbito básico de la vida humana y cristiana. Pero, ¿es que no es fácil! Este curso se presenta en nuestra diócesis el **Itinerario de Formación de Adultos**, que son 100 temas, para quien quiera entrar en esta dinámica de formación para un periodo largo de años; pues bien, **el objetivo fundamental es fomentar el encuentro con Dios**. Aunque uno tenga 57, quizá por eso, está en mejores condiciones de darse cuenta de lo fundamental.

Y a este respecto Benedicto XVI dice así en la segunda encíclica *Spe salvi*: «Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza. Para nosotros, que **vivimos desde siempre con el concepto cristiano de Dios y nos hemos acostumbrado a él**, el tener esperanza, que **proviene del encuentro real con este Dios, resulta ya casi imperceptible.**» (SS, 3)

Nos hemos acostumbrado a Dios, como nos hemos acostumbrado a vivir con la mujer, el marido, los hijos, los amigos... Y nos pasa desapercibido lo fundamental.

Estamos en tiempo de sacramentos especiales: Primeras Comuniones, Bodas, Novena de la Virgen... todas las Eucaristías, Bautizos... que son ocasiones excepcionales para encontrarnos con Dios y con la familia. **De ti depende que sea, de nuevo, otra ocasión desaprovechada o quizá, ¿por qué no?, única.**

Pero recuerda una cosa: “**Somos la misma relación en todo encuentro**”; es una frase de **Benjamín González Buelta** en “*La transparencia del barro*”, oración de la que te dejo algunos fragmentos:

«Si me defiendo de tu novedad / con lo que ya sé de ti, / encerraré también a los demás / en lo que ya sé de cada uno, / sin dejarles espacio para lo nuevo. [...]

Si no tolero tu misterio / en paz y transparencia, / no acogeré lo incomprensible de los otros / sin que mi impaciencia hierva. [...]

Si no adoro en silencio tu transcendencia / que abre al tercer día sepulcros y cerrojos, / encarcelaré sin futuro / situaciones y personas.»

Pedro Crespo Arias
Párroco de San Pedro Apóstol